



CAPÍTULO X

(1819)

Reflexiones sobre el carácter de la revolución.—Reconcentración de ésta en las provincias de Veracruz, Guanajuato, Querétaro y Acaapulco.—Varias acciones parciales sostenidas con gloria por los realistas.—Prisión del feroz Andrés Delgado, alias el Giro.—Sumisión de los indios Moquinos y destrucción de los Nabajoes.—Toma del fuerte de San Gaspar en el cerro de la Goleta.—Aprehensión de Borja y del licenciado Ayala.—Presentación al indulto de un gran número de facciosos.—Estado próspero de los negocios.—Formación de cuerpos de dichos realistas, ó sea milicias urbanas.—Arreglo de nuevos pueblos para los indultados.—Importantes servicios del ministro plenipotenciario de S. M. en los Estados Unidos don Luis de Onís para sofocar la insurrección de América.—Tratado de límites celebrado por este diplomático con dicha república.

Parece increíble que un fuego tantas veces apagado hubiera de renacer de sus mismas cenizas. Lo ocurrido en la revolución americana se nos presenta como una de las pruebas más evidentes de lo peligroso que es poner en acción á la muchedumbre insensata, y de las dificultades que encuentran los gobiernos para volver al imperio de las leyes á las masas desordenadas cuando les han sido alojados los resortes que las contenían. Debieron servir estos tristes sucesos de amarga lección no sólo á los gobiernos, sino á los mismos partidos, cuya suerte final es la de correr unos en pos de otros hacia su exterminio, y la de recibir el impulso que les dan alternativamente los

hombres más despreciables, que, sin más títulos que los de un furioso arrojador, ó los de un alma más encruelecida en el vicio, llegan á entronizar como autoridad el resultado de su violencia.

Varias veces se había creído realizada la absoluta pacificación del reino de México; pero la costumbre de vestirse el pobre con los despojos del rico, el estremecimiento universal que había causado la sangrienta lucha de tantos años en un país que siempre se había distinguido por su docilidad y mansedumbre, y la facilidad con que habían aprendido las clases más abyectas y despechadas á hacer la rápida transición de criado á señor; todos estos elementos de desarreglo y desorden social hacían que muy pronto hallase partidarios cualquier genio atrevido que tomase la divisa de cabecilla rebelde.

Por estos principios resucitó muy pronto el espíritu sedicioso en las provincias de Veracruz, Querétaro, Guanajuato y Acapulco. Siendo la primera de las mencionadas la que presentaba caracteres más serios y alarmantes, se dirigió el virrey al general Liñán, como el más acreditado para importantes empresas, á fin de que llevara á cabo esta última. Aunque su destino de subinspector le daba suficiente ocupación para ejercitar sus talentos, fué preciso, sin embargo, acceder á los deseos de la autoridad principal, y ponerse en camino para el citado punto de Veracruz, al que había llegado ya á fines del año anterior.

Las eficaces medidas que tomó el referido general Liñán para destruir la insurrección produjeron los más felices resultados: las varias columnas que dirigió por distintos rumbos adquirieron los más gloriosos títulos de aprecio y de recomendación. La que mandaba el capitán D. Antonio López Santana ganó ya en el mes de Enero, con su dulce comportamiento, los corazones de los cabecillas Manuel Salvador, Félix González y Mariano Cenobio, que, con 230 hombres montados y armados, se acogieron al Real indulto. El teniente coronel D. José Alvar

González, dependiente de la columna del marqués de Vivanco, que operaba bajo las órdenes del citado Liñán, obtuvo asimismo felices resultados en sus correrías por el paso Naranjo, barranca de Palmas, paso del Macho, Mafra, San Jerónimo y San Antonio Huatusco, durante las cuales recogió 65 armas de fuego y más de 600 indultados.

No eran menos los progresos que hacían las armas realistas en las demás direcciones. El capitán D. Sixto de Manso, con parte de la columna del teniente coronel don Juan Isidro Marrón, dependiente del coronel comandante general del rumbo del Sur, D. José Gabriel de Armijo, alcanzó en las cercanías de Curzanala la gavilla de Pedro Asensio, á la que puso en completa dispersión, causándole la pérdida de 20 facciosos que quedaron tendidos en el campo, y de mayor número de prisioneros, entre ellos los cabecillas Gómez y Trujillo, y apoderándose de varios caballos, armas, acémilas y municiones.

Por la parte de Querétaro se distinguió asimismo el teniente coronel D. Manuel Francisco Casanova atacando con 100 soldados de caballería y 115 de infantería á la numerosa gavilla de Borja, compuesta de más de 600 caballos, que fueron derrotados completamente en las inmediaciones de la hacienda de Ixtla. En la misma provincia, y en el punto llamado *Casasviejas*, ganó á los pocos días una acción importante el teniente coronel D. Epitacio Sánchez sobre el cabecilla Mateo Hernández, á quien hizo prisionero con siete más de su cuadrilla, después de haber dado muerte á otros nueve, y de haberse apoderado de varios caballos y armas.

El capitán D. Antonio Casariego, dependiente de la columna del ya citado marqués de Vivanco, deshizo en Puebloviejo, poco distante de San Juan Coscomatepec, las gavillas de José María Escobar, Cleto, Casas y otros, causándoles bastante pérdida, de la que fué su inmediato resultado la presentación de varios facciosos al indulto.

Como hechos de armas correspondientes al mes de Marzo debe hacerse particular mención del que sostuvieron las tropas de D. Miguel Torres, comandante del Real de Temascaltepec en el paraje llamado puerto del Capulin, contra 300 insurgentes, que fueron batidos completamente con pérdida de 30 muertos, entre los que se contó el cabecilla principal José María Reinoso, su segundo José Jaimes, alias *El Cuervo*, y la de un número mayor de heridos. El capitán D. Sixto Manso aumentó el catálogo de sus brillantes servicios persiguiendo á los rebeldes por los pueblos de San Jerónimo, Porochoco, Santiago, Huetamo, Santa Cruz y otros puntos de Tierra Caliente.

El teniente coronel D. Vicente Lara, correspondiente á la sección de Valladolid, emprendió una importante expedición con 150 hombres contra los rebeldes Huerta y Buenrostro, que se habían dirigido hacia dicha provincia; y aunque estos facciosos contramarcharon en varias direcciones para burlar los ataques de los realistas, fueron alcanzados, sin embargo, en *Cuenco*, en donde fué sorprendido un capitán de la escolta del citado Huerta con 15 hombres, y sucesivamente cerca del pueblo de Huaniqueo, obteniendo por resultado de tan viva persecución el desaliento de aquellos rebeldes, la muerte de algunos, la presentación de otros al indulto, la aprehensión de 60, 46 de los cuales fueron pasados por las armas, la dispersión de todos los demás, y la toma de varias armas de chispa y corte, caballos, mulas y equipajes.

El teniente coronel D. Miguel Francisco Barragán y el capitán D. Joaquín José de la Sota completaron la derrota de los facciosos por este mismo rumbo, y apresaron la maestranza y cuantos enseres había reunido el cabecilla Bedoya en el fuerte de las Ánimas. El coronel D. Antonio Bustamante, en combinación con el teniente coronel D. Eusebio Moreno, obtuvo iguales triunfos por la jurisdicción de Pénjama, haciendo prisionero al brigadier insurgente Antonio Ramírez, y dando muerte á 13 indivi-

duos de aquella partida con otros muchos que fueron aprehendidos con varias armas y caballos.

Se hallaban en el mes de Mayo acantonadas en el pueblo de San Felipe, al Norte de Guanajuato, cuatro compañías del regimiento de Zamora, cuando se presentaron al amanecer del día 20 ocho hombres á caballo penetrando hasta la misma plaza, y disparando un pistoletazo al centinela que guardaba el recinto de la iglesia, en la que estaba acuartelada dicha fuerza, que llegaba escasamente á 280 infantes y 20 caballos.

Su comandante D. Gregorio Arana mandó salir en persecución de aquellos osados sediciosos á la cuarta compañía, compuesta sólo de 64 plazas. No se descubría viviente alguno en todo aquel llano de seis leguas que rodea al citado pueblo, ni más tropiezo que las ruinas de unas grandes trojes á tiro de cañón de las últimas casas sobre el costado derecho, detrás de las cuales había un pequeño arroyo de bastante profundidad para ocultar alguna gente. El astuto y animoso oficial de dicha fuerza, D. Francisco Sanz, conoció muy pronto que detrás de aquellas ruinas había alguna emboscada, no siendo presumible que solos ocho hombres se atreviesen á hacer necios ensayos de su valentía alrededor de los realistas.

Caminando con esta precaución, preparó sus tropas con una enérgica arenga, y dispuso que uno de sus oficiales con solos 15 hombres se moviese en aparente persecución de los citados ocho caballos, disparando algunos tiros y haciendo una pequeña correría de solos 20 pasos con órdenes terminantes de volver en seguida á su puesto.

Apenas se había principiado este movimiento, cuando el cabecilla principal, que se hallaba al frente, hizo las señales convenidas para que saliese su tropa de la emboscada y acometiese al gran galope á este puñado de héroes. La fuerza enemiga se componía de 1.400 hombres; mas no por eso perdió Sanz su impavidez y firmeza: formando los 64 soldados un impenetrable muro de bronce, mandó romper el fuego á quemarropa de los rebeldes, y

muy pronto mordieron el polvo 80 de éstos, chamuscadas sus caras y vestidos.

Titubea aquella chusma al ver la firmeza de los españoles y el horrible estrago que hacían sus balas; se desconcierta y se entrega por fin á una retirada llena de desorden y confusión; siguen los realistas dirigiendo sus tiros con acierto, reúnen lo restante de la tropa que había quedado en el pueblo y van en persecución de los dispersos, causándoles nuevos quebrantos. Pocos ejemplos nos presenta la historia de tanta decisión y serenidad; el nombre de Sanz no podrá menos de ser recordado con admiración por los que sepan apreciar el verdadero mérito; los demás oficiales y tropa que formaban su pequeña columna, adquirieron un derecho indisputable á la gloria, y ocuparán siempre un lugar distinguido entre los valientes; los demás individuos de la división se hicieron asimismo acreedores á los mayores elogios.

El capitán D. Antonio Castañeda y el teniente D. Mariano Salas, ambos del batallón provincial del Sur, correspondiente á la división del coronel Armijo, sostuvieron dos acciones brillantes: el primero, en 25 de Abril, en la hacienda de Tetitlan, contra los rebeldes de Montes de Oca y Mongoi, quienes perdieron cerca de 80 hombres en la refriega; y el segundo recogió parte del fruto de la misma, apresando á varios individuos de aquellas gavillas, y apoderándose de porción de fusiles y machetes.

Por la parte de las provincias internas de Occidente, lograron considerables ventajas las tropas del Rey, mandadas por el brigadier D. Antonio Cordero. Los indios de los *Moquinos* se habían separado de la obediencia al Soberano español desde fines del siglo XVII, y como se hallasen cruelmente hostigados por la limitrofe nación de los *Nabajoes*, pasaron á implorar el auxilio de los españoles.

Saliendo éstos á campaña contra aquel pueblo inquieto y feroz, lograron ahuyentarlo de la frontera, con pérdida de 33 muertos y 14 prisioneros. Estas ventajas, la toma

de un gran número de cabezas de ganado menor, la humillación de aquel nuevo enemigo, y la alianza cordial de los moquinos, fueron el fruto principal de las correrías de los realistas sobre estos países.

Los jefes españoles que más se distinguieron en el mes de Mayo fueron el capitán D. Ramón Herbella, comandante de una partida que le confió su coronel Márquez y Donallo, con la que hizo frente en el paraje llamado la Haciendita, dependiente de la jurisdicción de Pénjamo, á más de 300 hombres de las gavillas del Bajío, y los obligó á retirarse, dejando 20 hombres en el campo de batalla, y llevándose un número mayor de heridos.

El teniente coronel D. José Antonio Echávarri adquirió un nombre que en lo sucesivo fué funestamente célebre, apoderándose por asalto del formidable cerro de Santiago, llamado vulgarmente de Barrabás; y de todos sus defensores, menos del titulado coronel Velázquez, y de tres ó cuatro individuos que pudieron ocultarse entre las cuevas y cavidades de los peñascos que se hallan en la cima del citado cerro.

El coronel D. Matías Martín y Aguirre, que habia salido en persecución de las gavillas de Huerta, logró desbaratarlas en gran parte, matando algunos de los que las formaban, dispersando á los más, y ganando la voluntad de 70, que se acogieron al Real indulto con armas y caballos, incluso 16 oficiales, entre ellos Juan Ramsay y Santiago Bruschi. El coronel Márquez y Donallo confirmó su infatigable celo en la persecución de los rebeldes del Bajío, á los que batió cuantas veces pudo alcanzarlos, habiendo sido segundado poderosamente en la mayor parte de sus movimientos por el teniente coronel don Eusebio Moreno, quien dió nuevas pruebas de su acreditada bizarría, conteniendo en Río-Turbio, con sólo 66 dragones, el impetuoso ataque dirigido por 300 caballos enemigos.

El coronel D. Francisco Orrantia aterró con sus bien concertados movimientos sobre la tierra de Guanajuato á

la gavilla de los Ortices, á los que mató 24 hombres y quemó las rancherías de aquellas inmediaciones, de las que sacaban toda clase de recursos. Las partidas destinadas por este bizarro jefe al mando del teniente coronel D. Gregorio Arana y del capitán D. José María Quintero, llenaron satisfactoriamente sus respectivos encargos, no habiendo sido menor la gloria que obtuvo al mismo tiempo el teniente coronel D. Manuel Bezanilla sobre otra reunión de rebeldes que tuvo la osadía de aproximarse á la hacienda de Santo Tomás, de la jurisdicción de Salvatierra, sufriendo la pérdida de 12 muertos y de muchos heridos, que fué comprada con la preciosa sangre de cuatro soldados del regimiento de Zelaya y de su sargento Antonio Ibáñez, quien llevado de su indiscreto valor se metió con solos seis hombres entre la chusma enemiga.

Una de las acciones más importantes sostenidas en el mes de Junio fué la del teniente coronel D. Pablo María de Mauliaá contra las gavillas de Jalpa, situadas en el territorio de San Luis de la Paz, á las que batió bizarramente, persiguiéndolas hasta la inmediación de *Corral de Piedras*, dejando el campo cubierto de muertos y heridos, habiéndose contado 30 de los primeros, y entre ellos al más valiente de los cabecillas, Francisco Mansilla, al comandante Gómez y algunos oficiales; cinco prisioneros, 18 caballos ensillados y varias armas de fuego y corte contribuyeron á ilustrar el mérito de aquella jornada. En ella se distinguieron asimismo los nuevamente indultados D. Patricio y D. Marcelo González, el sargento Francisco Munguía y cuantos tuvieron la gloria de pelear con las tenaces turbas.

Por la parte de Querétaro ejercitaba útilmente su actividad el teniente coronel D. Manuel Velázquez de León, haciendo correrías desde el presidio de Santa María Peñamilla, jurisdicción de Cadereita, y atacando en una de ellas en las alturas del Aguacate y Cerro de Dios á las gavillas del doctor Magos, Vital García y Cristóbal Mejía, que fueron derrotadas sin embargo de su excési-

va superioridad numérica; 16 facciosos muertos, cinco prisioneros, una caja de guerra, varios fusiles, lanzas, machetes, caballos ensillados y acémilas coronaron los esfuerzos de las tropas realistas.

El alférez D. Manuel Arana, que con 20 hombres había sido separado de la columna del coronel Aguirre en la exploración que se hacía del territorio de Chucándiro después de haber sido disueltas las reuniones de Huerta, Buenrostro y otros cabecillas que lo habían infestado, se encontró inesperadamente con 100 insurgentes mandados por el caudillo Cervantes, compañero del Giro. Contando los facciosos con un triunfo seguro se arrojaron al arma blanca sobre la partida realista; pero fué tan heroica la firmeza con que aquel puñado de valientes recibió la impetuosa carga de los contrarios, que desconcertados al momento, perdida la cuaria parte de su gente y muerto el mismo cabecilla Cervantes, hubieron de retirarse precipitadamente, salvándose por este medio de la total ruina que les amenazaba el capitán D. Ignacio Sota, de quien dependía la citada partida; 50 caballos ensillados, varias armas de chispa y corte y la considerable pérdida de que se ha hecho mención fueron los trofeos que dieron el más brillante concepto al impávido Arana y á los bizarros soldados que habían tenido la gloria de medir victoriosamente sus armas con tanta desigualdad de fuerzas.

El teniente D. Manuel José Martínez, comandante de la hacienda del Jaral, jurisdicción de Guanajuato, se granjeó el más brillante concepto militar rechazando en el día 9 del mes de Junio los furiosos ataques dirigidos contra su destacamento por los rebeldes Ortices á los pocos días de haber sido éstos batidos por el comandante general Orrantia en la sierra del mismo nombre; 15 muertos, 20 heridos y dos prisioneros fueron los memorables recuerdos que dejaron de su mengua y cobardía los referidos cabecillas, reunidos con el apóstata padre Torres.

El coronel D. Anastasio Bustamante tuvo los más feli-

ces encuentros en las inmediaciones de Pueblo Nuevo, Pantoja y Santiaguillo en los días 21, 22 y 23 del citado mes de Junio con la partida de Antonio García, segundo del cabecilla el Giro, siendo uno de sus resultados la muerte de varios facciosos, inclusive el titulado capitán Damián Robles, el rescate de un dragón y un tambor realistas, y la toma de 24 caballos ensillados y de muchas armas blancas y de fuego.

El referido caudillo el Giro ó Andrés Delgado fué aprehendido con tres de sus secuaces el día 3 de Julio en el rancho de la *Laborcilla*, poco distante de Salamanca, por el mismo coronel Bustamante, quien agregó á su brillante carrera militar este nuevo timbre, tanto más estimable cuanto mayores habían sido las dificultades y esfuerzos de los realistas para destruir un enemigo tan feroz que había llenado de sangre y luto aquellos países, cuya tranquilidad era incompatible con la existencia de aquel malvado.

Entre las varias acciones correspondientes á este mismo mes de Julio, no debe omitirse la que sostuvo el capitán D. José Bulnes, comandante de Huetamo, atacado en este mismo pueblo, con la mayor furia, por 150 rebeldes, mandados por los cabecillas Rafael Gómez, Valdés y otros. Aunque era muy inferior á la fuerza realista, pagaron los contrarios muy cara su osadía, dejando en el campo 21 muertos, incluso el capitán Antonio Gómez y el teniente Francisco García, habiéndose llevado porción considerable de heridos, entre los que se contó el mismo Rafael Gómez, que murió á las pocas horas. La pérdida que hicieron asimismo los insurgentes de una crecida cantidad de armas y de caballos, concurrió á ilustrar aquel triunfo, conseguido por los realistas con la sola pero sensible muerte del benemérito comandante de los paisanos de aquellas inmediaciones, D. Francisco Maldonado, y de un dragón.

Se hizo no menos acreedor á los elogios públicos el teniente coronel D. Miguel Torres, rechazando los encar-

nizados ataques dirigidos contra el Real de Temascaltepec, confiado á su mando, por las gavillas del P. Izquierdo, Pedro Asensio y los Ortices, que habían llegado á reunir la fuerza de 400 á 500 hombres armados y una inmensa chusma de indios, provistos de hondas y garrotes. La bizarra defensa de este punto, y la anteriormente descrita de Huetamo, excitaron tan vivo entusiasmo en las autoridades superiores, que fueron creados dos escudos de distinción para las tropas que habían tenido parte en tan gloriosos combates.

El teniente coronel D. Miguel Francisco Barragán, que había sido enviado por el comandante general de Valladolid, coronel Aguirre, con 225 infantes contra las gavillas de Guerrero y Bedoya, se dirigió al cerro de San Cristóbal, en cuyo fuerte se había encerrado el segundo, después que el primero se hubo retirado desde el Sauz á Cuizcan.

Habiendo llegado el citado Barragán á tiempo de haber despachado Bedoya 130 hombres con dos cañones en auxilio de Guerrero, fué completamente sorprendido con los 40 infantes que le habían quedado para defender aquella posición. Arrojándose todos ellos por las fragosas cañadas del cerro, perecieron despeñados los unos, acuchillados otros, hechos prisioneros los demás en número de 23, excepto Bedoya y 3 ó 4 de sus compañeros, que hallaron la fortuna propicia á segundar su evasión. Una pieza de á 12, cuatro de á 4, 53 fusiles y carabinas, 30 lanzas, 9 pares de pistolas, 24 granadas, porción considerable de municiones, abundantes herramientas de fragua y provisiones de todas clases, fueron los trofeos de los realistas en la toma de la citada fortificación.

El alférez D. Mariano Guevara, dependiente de la sección de Querétaro, se hizo altamente recomendable por haber dado muerte en el rancho de la Yerbabuena, camino de la Noria, al cabecilla Guadalupe Moreno y á 8 individuos más de su partida, de la que fueron hechos

asimismo dos prisioneros, y fueron cogidos algunos caballos y armas, habiéndose fugado, aunque malheridos, un hermano del mismo Moreno y otros dos facciosos.

Había todavía 800 insurgentes de caballería con multitud de indios que seguían los negros estandartes de rebelión, y dominaban una parte de la dilatada é inaccesible montaña, llamada Sierra Gorda. El virrey, cuyo celo por la absoluta pacificación del reino era inimitable, había dado la comisión al brigadier y comandante general de Querétaro, D. Melchor Alvarez, de destruir aquellas madrigueras; las columnas destinadas á esta importante empresa, mandadas por los tenientes coroneles D. Pablo María Mouliaá y D. Epitacio Sánchez, bajo la dirección inmediata del coronel D. José Cristóbal Villaseñor, desempeñaron con tanto lustre en el mes de Septiembre sus respectivas expediciones, que á los pocos días ya no existían más que 27 rebeldes con las armas en la mano.

Aunque los insurgentes habían sido deshechos cuantas veces habían tenido la osadía de hacer frente á las armas del Rey, se presentaron sin embargo con más de 1.000 hombres armados de fusiles y carabinas y con 900 indios provistos de machetes y palos á obstruir la marcha del teniente coronel D. Alejandro de Arana, que conducía un convoy del Real de Temascaltepec.

Los cabecillas Guerrero, Izquierdo y Pedro Asensio se habían colocado con 300 hombres en uno de los pasos más precisos, llamado Piedras de Amolar, defendido con un parapeto de piedra; pero nada era capaz de arredrar á los valientes realistas, aunque sólo contaban con 196 infantes de Ordenes militares y 35 dragones de Toluca y Cuernavaca. Atacada aquella posición fué tomada á los doce minutos, á pesar del terrible fuego de cañón y fusilería que hacían los rebeldes. Fué rechazado asimismo el cabecilla Pablo Campos, que se había arrojado sobre el convoy por retaguardia y costado con una fuerza numerosa de caballería é infantería.

Siguiendo los realistas su marcha por Ixtapan fueron

asaltados nuevamente por el cabecilla Lorenzo Ortiz, cuya derrota contribuyó á ilustrar los triunfos anteriores y á aumentar los trofeos de la columna del citado Arana, que consistieron en la muerte de 40 facciosos, en la toma de un cañón, de 20 armas de fuego y tres cajones de municiones, y en el rescate de 22 soldados de varios cuerpos que se hallaban en poder de aquellos forajidos; esta expedición fué tanto más brillante cuanto que se llevó á feliz término con la sola pérdida de tres realistas muertos, nueve heridos y seis contusos.

El capitán D. Juan José Cenón Fernández, perteneciente á la división del coronel Orrantia, destruyó con 100 caballos una partida de 40 rebeldes que halló en el camino del rancho de Fuentes, distrito de San Felipe, al mando del cabecilla Encarnación Ortiz; y como los pocos que hubieran sobrevivido á esta refriega se hubiesen incorporado á la reunión que se hallaba en Caña Honda, acaudillada por el padre Torres, por el licenciado Ignacio Ayala y por los mismos Ortices, la cual no bajaba de 260 hombres, se resolvió el citado Fernández á atacarlos con firmeza á pesar de la desigualdad de sus fuerzas. Habiendo distribuido las suyas bajo la más perfecta combinación, se dirigió contra aquéllas, á las que puso en la más desordenada fuga, causándoles la pérdida de 31 muertos, muchos heridos, tres prisioneros, porción de armas de fuego y corte, caballos, municiones y pertrechos.

Se habían vuelto á reunir á principios de Octubre aquellos cabecillas con el padre Izquierdo y Pedro Asensio en la misma sierra de Guanajuato y en la fortificación llamada de la Goleta, cuando huyeron de nuevo y abandonaron dicho fuerte luego que vieron cruzar á corta distancia tres divisiones dirigidas contra ellas, mandadas por el coronel Quintanar y por los tenientes coroneles Córdoba y Arana. A los pocos días fué tomada otra fortificación llamada de San Gaspar, que se hallaba en la misma sierra, por el coronel D. Juan Rafols, á cuyos esfuerzos y actividad se debió la pacificación de doce pueblos re-

beldes del distrito que le había confiado el comandante general Armijo.

Por la parte de Valladolid se iba allanando asimismo el camino hacia la total pacificación de aquella provincia. Quedaba en ella todavía el cabecilla Bédoya, quien habiendo reunido una chusma considerable en Tacámbaro trataba de destrozarse los pueblos y ranchos, protegidos ó formados por los realistas en sus inmediaciones. Encargado el capitán D. Patricio Auje del exterminio de aquel caudillo, reunió todas sus fuerzas, que consistían en 150 caballos, y entregó 80 de éstos al sargento de realistas Celso Solórzano para que saliera en descubierta, quedando los demás emboscados en Solicuario.

Noticioso Celso de que 200 rebeldes mandados por Soto se hallaban en la sierra de Serrano, se dirigió valerosamente contra ellos y los alcanzó á poca distancia de su primera posición. Ver al enemigo y arrojarse ciegamente sobre él, sin pararse á reflexionar sobre lo arriesgado de una empresa acometida con fuerzas tan inferiores, fué la obra de un solo momento; pero su excesiva confianza fué recompensada por la agradecida fortuna. Cincuenta y cuatro facciosos muertos en la refriega, entre ellos los capitanes y sargento Rocha, Sota y Morales, 14 más en el alcance, 51 caballos con sus monturas, y bastantes armas de fuego y de corte, fueron el premio de su arrojado.

El indomable Guerrero sufrió asimismo en el mes de Diciembre los más amargos desengaños y funestos reveses. No pudiendo resistir á la gran preponderancia de las armas del Rey, dividió su fuerza en varias partidas, esperando que por este medio le sería más fácil burlar la persecución de sus contrarios; pero habiendo caído afortunadamente sobre la principal, mandada por él mismo, las tropas del coronel D. José Pío María Ruiz, comandante general del distrito de Ixtlahuaca, fué destrozada y puesta en la más horrorosa dispersión, quedando tendido en el campo el titulado coronel José María Carmonal,

siendo aprehendidos los de igual clase José Uruzu, Francisco Chivilini y Manuel Elizalde, que fueron pasados inmediatamente por las armas: 30 muertos, 22 prisioneros, 11 rescatados, 50 armas de fuego y dos pedreros fueron los trofeos de aquella ilustre jornada, que habría sido completa si el citado Guerrero hubiera hallado al desbarrancarse su bien merecida muerte en vez de la libertad que debió á su feliz destino.

Quedaba enteramente libre de insurgentes la provincia de Querétaro, y para asegurar su tranquilidad sólo faltaba perseguir algunas gavillas que podían venir desde el Bajío á turbarla. A este fin fué comisionado por el comandante general de Querétaro el teniente coronel don Pablo María de Mouliaá, quien alcanzando en la hacienda de San Lorenzo á la del cabecilla Pablo Esquiver, reducida ya al corto número de poco más de 20 hombres, hizo morder bien pronto el polvo á 16 de ellos con su mismo jefe, cayendo en poder de los realistas los caballos y armas de aquella partida, la que perseguida de nuevo quedó completamente exterminada.

El cabecilla Borja fué aprehendido en el mismo mes de Diciembre en la cañada nombrada de García, territorio de la provincia de Guanajuato, por las tropas del coronel D. José Cristóbal Villaseñor: igual suerte cupo á 8 de aquellos partidarios, quienes perdieron asimismo 28 caballos ensillados, algunas armas y papeles interesantes. Hacia el mismo tiempo fueron hechos prisioneros el licenciado Ignacio Ayala, titulado presidente de la Junta rebelde, y el teniente de húsares de la escolta del Pachón, José María Yáñez.

Los Ortices fueron derrotados por los bien combinados movimientos de las tropas de los tenientes coroneles Otaño y Arana y del capitán Galindo. Los débiles restos de los rebeldes de Cuyusquihuí, que tuvieron la osadía de atacar á Papantla, se estrellaron asimismo en la fidelidad y bizarría de las tropas realistas, quedando con este terrible contraste enteramente desconcertada aquella fac-

ción. Est^a fué la época de mayor complacencia para los que tantos sacrificios habían hecho por sostener los derechos de la Monarquía española. Por todas partes les había mirado la fortuna con agrado. Todas las columnas destinadas á la persecución de los rebeldes habían visto coronados sus esfuerzos con los más brillantes resultados. Los acobardados insurgentes se apresuraban á impetrar la gracia del indulto. Sólo un puñado de desechados conservaba las armas en la mano en las impenetrables madrigueras de Tierra Caliente. Todo anunciaba un porvenir dichoso, y daba las más fundadas esperanzas de que el país había de volver muy pronto á su antiguo estado de opulencia y felicidad.

Para asegurar la obediencia y lealtad de los indultados había sido la mayor parte de los jefes y oficiales incorporada á las filas de los realistas, y los sencillos aldeanos fueron reunidos con sus familias en pueblos y aldeas, formadas por la actividad y celo de los respectivos comandantes. El general Liñán vió levantarse bajo su inmediata dirección ocho de dichos pueblos, que fueron Medellín, Jamapa, San Diego, el Tamarindo, Huehustla, Paso de Ovejas, la Antigua y Santa Fe, formando entre todos ellos una población de 2.687 almas.

Fué verdaderamente útil en sus principios la medida adoptada por el celoso virrey de formar en todas las provincias y distritos cuerpos del país con el título de realistas para conservar la tranquilidad en los respectivos puntos de su demarcación. Produjo asimismo los más felices resultados la incorporación á dichos cuerpos, que podían llamarse más propiamente milicias urbanas de los referidos cabecillas indultados, los que, con muy pocas excepciones, se condujeron con lealtad y decisión en su nueva carrera.

Empero era de temer que estos mismos hombres, armados é instruídos por los españoles, pudieran ser un día su azote y exterminio. Ellos, sin embargo, se hicieron acreedores á una ilimitada confianza, y tal vez no habrían

abusado de ella si imprevistas circunstancias no hubieran variado la escena política. El sistema que se había planteado en casi todo el reino, de mantener partidas de tropa de línea en los pueblos centrales, correspondiendo con las fuerzas urbanas y hasta con las de los mismos ranchos ó haciendas, cuyos dependientes formados militarmente obedecían la voz del mayoral ó jefe, daba las más firmes garantías de que pudiera ser duradera la pacificación.

Apenas se formaba una gavilla, aun en los puntos más ocultos é impenetrables, cuando los trabajadores de las haciendas más inmediatas salían á destruirla; y no siendo aquella fuerza suficiente, concurrían sin dilación los individuos alistados en los pueblos inmediatos, y finalmente se ponía sobre las armas la misma tropa de línea que formaba el centro, de donde partían los combinados movimientos en todas direcciones.

Al favor de estas medidas y del infatigable celo desplegado por todas las autoridades civiles y militares, se vió correr este país á pasos agigantados hacia su antiguo lustre y esplendor. Terminó, pues, el año 1819, bajo los más favorables auspicios. El tratado conciliante que había ajustado en 2 de Febrero de este mismo año el ministro plenipotenciario D. Luis Onís con el presidente de los Estados Unidos de América, hacía esperar que aquel Gobierno desistiría de toda tentativa sobre este reino desde sus provincias confinantes, y que pondría algún coto al fanatismo con que los ciudadanos de aquella república habían fomentado la insurrección mexicana.

El citado Sr. Onís, que había estado en continua lucha con el Gobierno anglo-americano para separarlo de su coalición con los rebeldes hispano-americanos, aquel digno y sabio ministro, que se dedicó con inimitable y asiduo afán á sostener los intereses del Soberano español en América por todos los medios que estuvieron á su alcance, ya poniendo trabas á la remesa de auxilios para los insurgentes de la América española, viendo que muy

á su pesar no le era posible impedirlo talmente, comunicando noticias oportunas de proyectadas expediciones, y finalmente enviando barcos cargados de armas, municiones y pertrechos, que cruzando más de una vez por el Cabo de Hornos, llegaron al mismo virreinato de Lima; este hábil negociador, que tantos servicios había prestado á la causa real en el Nuevo Mundo, completó el lustre de su carrera marcando con límites fijos la vasta extensión de la Lusiana en sus confines con Nueva España. La parte más septentrional que se asignaba antes á este reino eran las misiones de San Francisco, situadas cerca de los 38 grados, y por dicho tratado se extendieron hasta los 42 (1).

El expresado Onís ha dejado los más gratos testimonios del recto y celoso desempeño de su ministerio, y su

(1) Aunque el extracto de lo concerniente á este punto se halla ya en la Geografía universal publicada por el autor de la presente historia en 1828, no será desacertado insertarlo aquí de nuevo, para que no carezcan de estos importantes conocimientos los que no hubieren leído la citada obra.

«La línea divisoria entre México y los Estados Unidos arrancará del seno mexicano á la embocadura del río Sabina en el mar, seguirá al N. por la orilla occidental de este río hasta el gr. 32 de lat.; desde allí irá recta al N. hasta el gr. de lat. en que entra en el río Rojo de Natchitoches (Red River), y continuará por el curso del río Rojo al O. hasta el gr. 100 de long. occidental de Londres y 23 de Washington, en que cortará este río y seguirá por otra línea recta al N. por el mismo gr. hasta el río Akanzas, cuya orilla meridional seguirá hasta su nacimiento en el gr. 42 de lat. sept., y desde dicho punto se tirará otra línea recta por el mismo paralelo de lat. hasta el mar del Sur; todo según el mapa de los Estados Unidos de Melish, publicado en Filadelfia y perfeccionado en 1818. Pero si el nacimiento del río Akanzas se hallase al N. ó S. de dicho gr. 42 de lat., seguirá la línea desde el origen de dicho río recta al S. ó N., según fuese necesario, hasta que encuentre el expresado gr. 42 de lat., y desde allí por el mismo paralelo hasta el mar del Sur. Pertenerán á los Estados Unidos todas las islas de los ríos Sabina, Rojo, Natchitoches y Akanzas en la extensión de la línea descrita; mas el curso de las aguas y la navegación del Sabina hasta el mar, y de los expresados ríos Rojo y Akanzas, será común á los habitantes de las dos naciones.»

memoria no podrá menos de ser respetada por cuantos se interesan en la felicidad de la monarquía española. Algunos censuraron la cesión de las Floridas, hecha por el mismo tratado al referido gobierno anglo-americano; pero si se hubieran parado á reflexionar sobre el verdadero estado de los negocios, no podrían menos de ensalzar la pericia de aquel diplomático, quien en medio de tantos elementos de oposición y en el acto de autorizar el desprendimiento de un territorio que pertenecía á la Corona de España, supo sacar todo el partido que hubiera podido esperarse de otra posición más favorable y menos forzada.